



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

El as de espadas

Ahí viene -les dije a mis amigos reunidos aquella siesta en mi casa. Y con el índice les señalé, a través de la persiana entornada, la obesa figura de nuestro enemigo. Con pasos lentos y pesados el hombre avanzaba solo por la calle ardiente de sol. Contra las fachadas enjalbegadas de las chatas casonas coloniales, destacaban su levita negra y su chistera de felpa. Abochornado por el calor y el copioso almuerzo reciente, el hombre jadeaba entre los grandes bigotes y la barba cerrada. Su levita abierta sobre el vientre voluminoso, dejaba ver una gruesa cadena de oro, en curva movediza, de uno y otro bolsillo del chaleco.

Cuando llegó al pie de uno de los balcones enrejados de la casa frontera a la mía, el hombre se detuvo un instante, sacó del bolsillo un pañuelo y se enjugó el ancho rostro enrojecido y sudoroso. Luego, conservando el pañuelo en la mano izquierda, reanudó su lenta marcha. La contera de su bastón de empuñadura de plata golpeaba secamente las calientes losas de la acera.

Eran las dos de la tarde. A aquella misma hora, todos los días, «Su excelencia», como le llamábamos, pasaba por mi casa camino del palacio.

Me volví hacia el grupo de amigos apiñados detrás de la persiana y los miré sucesivamente en los ojos. Eramos siete, y los [73] siete, jóvenes. Ninguno había cumplido los treinta. Los miré en los ojos, digo, y en todas aquellas pupilas rencorosas leí el mismo propósito que hacía meses me robaba el sueño.

-Echaremos suertes -dije en voz baja, y, mañana, a esta misma hora, uno de los siete le hará fuego desde aquí.

Debíamos tomar precauciones porque la policía nos vigilaba. Esta vigilancia se había intensificado a raíz de la última campaña periodística que yo dirigía, hasta el punto de vemos rodeados de espías aun cuando no nos reuniéramos sino para divertirnos, muchachos como éramos todos, con algunas mujeres alegres de aquel tiempo, para tomar unas copas y armar un poco de ruido.

-Aprobado -contestaron mis amigos.

Echamos suertes de naipes con el acuerdo de que aquel a quien le tocara el as de espadas sería el que disparara el tiro. No me tocó a mí la suerte sino a Fermín Gutiérrez. Cuando Gutiérrez vio que su naipe era el as de espadas, palideció y, con voz ahogada,

-Está bien -dijo-. Mañana a las dos.

Y enseguida todos se fueron a sus quehaceres. Yo me quedé en casa limpiando el viejo fusil de mi padre y quemando cartas y papeles. Cuando oscureció salí en busca de un hombre de confianza a quien le encargué que me tuviera seis buenos caballos frente a la puerta del café Libertad. Después fui a la playa del río donde tenía su rancho un botero adicto y le ordené que me esperara con dos carabinas en su bote, en la desembocadura de un riacho cercano, a las dos y cuarto de la tarde del día siguiente, a fin de que pudiera llevarme, en la brevedad posible, a la orilla opuesta del río. [74]

De regreso a mi casa vi arder la brasa de un cigarro en la oscura esquina de mi calle y creí reconocer en el fumador, por su manera cautelosa de moverse, a uno de los espías de «Su excelencia».

-Lo que es de nuestro plan -murmuré- no podrás saber nada, polizonte-. Entré en mi casa, me acosté y traté de leer un libro de Zola a la luz de la lámpara de kerosén. Pero no podía concentrarme en la lectura. ¡Gutiérrez se acababa de casar y tan luego a él le tocaba la suerte! Por fin, ya bien tarde, apagué la luz y me dormí profundamente hasta bien entrada la mañana.

A la una y media en punto llegaron mis amigos. Gutiérrez estaba lívido. Todos estaban nerviosos, menos yo. Yo sentía una alegría rabiosa e impaciente.

Sin decir una palabra le entregué el fusil a Gutiérrez. Era un arma anticuada, aunque de excelente armería y de grosísimo calibre. El fusil se cargaba por la boca. Gutiérrez comenzó a cargarlo con manos inseguras.

-Más pólvora -le dije al ver que no utilizaba la suficiente. Gutiérrez dejó a un lado la baqueta que ya empuñaba para empujar un taco, y derramó un nuevo chorro de granos negros y brillantes por la boca del arma. Después, esperamos. Hacía un calor atroz

aquella siesta. Al cabo de un rato se oyeron unos pasos lentos en la acera de enfrente y el golpe acompasado de la contera de un bastón. Era él.

Gutiérrez colocó el cañón del fusil entre dos de las maderas polvorientas de la persiana, y apuntó. En ese momento pudimos ver de lleno la faz del hombre obeso: vimos, de frente, sus grandes mostachos y su barba cerrada. El hombre, distraídamente, miraba [75] hacia el balcón de mi casa. Gutiérrez retrocedió un paso, bañado en sudor, todo trémulo y demudado, diciendo en voz muy baja e intensa:

-No, no puedo; no puedo hoy-. Y dejó el fusil amartillado sobre los brazos de un sillón próximo.

Ahogando un juramento fui hacia el sillón, me apoderé del arma y volví a la persiana. Pero mis amigos me contuvieron porque en ese instante sonaron cascos de caballo en la calzada. En efecto, pronto vimos un pelotón de carabineros pasar por la calle y saludar militarmente a nuestro enemigo. «Su excelencia» contestó el saludo levantando el bastón con la diestra hinchada y peluda.

Nos separamos los siete amigos con la promesa de encontrarnos todos, al día siguiente, a la misma hora, en mi casa, y con el acuerdo unánime de que sería yo y no Gutiérrez el que disparara el fusil.

El hombre que nos alistara los caballos y el hombre del bote recibieron nuevo aviso.

Al día siguiente -fue un martes 13, parece mentira-, al día siguiente, a la una y media en punto, volvieron mis amigos. Media hora después se oyeron los pasos lentos de «Su excelencia» sobre la acera de enfrente. Cuando la figura de mi enemigo se dibujó obesa, enorme, sobre la puerta roja de la casa frontera, disparé. El hombre se desplomó hacia adelante; cayó sobre su vientre sin más ruido que el de la empuñadura de plata del bastón al dar sobre las losas. [76]

Yo llegué al galope a la playa del río donde el bote me esperaba y me puse en salvo. A mis espaldas la ciudad estaba llena de estampidos. Mis amigos, que tomaron un rumbo opuesto al mío, fueron alcanzados por los carabineros y muertos a tiros o a sablazos. Sí, de los siete sólo yo me salvé.

Han pasado veinticinco años, señores. Pero, como si el día aquel de mi venganza fuera ayer, ¡todavía hoy lamento que, cuando detrás de la persiana le descargué el fusil, aquel cerdo obeso no hubiera visto al caer de bruces que fui yo, y nadie más que yo, el que le hizo fuego!

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

